

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

UNA ESCRITURA ROTA

Carmen Blanco

Antígona es, antes de nada, la que dice otras palabras
José Ángel Valente

Las grandes mitologías antiguas conservan mitos del universo como un huevo cósmico del que surgen dioses y que fue creado por un pájaro o por una serpiente. En la historia de Orfeo, la Noche existía en un principio en forma de gran pájaro de alas negras que sobrevolaba una vasta oscuridad. Este pájaro negro puso un hueco del que salió volando Eros, mientras que de las dos partes de la cáscara surgieron Urano y Gea. Así apareció el mundo. En un mito del antiguo Egipto el huevo cósmico era puesto por un ganso del Nilo adorado como el Gran Comunicador. Paradójicamente, la unidad originaria evidencia, tanto en los viejos mitos como en las conjeturas y certezas de la ciencia, que la vida no es más que un complejo fenómeno comunicativo que se extiende en múltiples y diversas ondas expansivas. Pero lo que de hecho tocamos, lo que vemos y escuchamos o incluso lo que podemos oler o sentir son esas cosas distintas que forman parte de una realidad infinitamente varia. La totalidad unitaria se nos escapa por más que queramos apresarla.

Y el lenguaje no es nada más que una parte de ese todo vital que fluye. Palabra en el tiempo, que se nos va y que nunca será exactamente la misma. Nunca podremos bañarnos en el mismo río de palabras, aunque fijemos en la escritura un momento de habla que queremos hacer permanentemente, aunque leamos repetidamente ese texto obsesivo que recuperamos sólo en distintos actos lingüísticos. La palabra oral o escrita es agua que corre, siempre diferente, dice Maguerite Yourcenar. Pero la lado de esa evidencia persiste el importe horror ante la complejidad de Babel y el sueño de la sencilla igualdad originaria, cuando cada cosa transparentaba su nombre.

En el presente siglo, la ciencia lingüística trató de sistematizar la paradoja. Como hace siempre la ciencia con la vida. El lenguaje humano fluctúa entre la unidad y la diversidad, entre la abstracción y la concreción, entre el centro y la periferia. De hecho la existencia de la capacidad del *lenguaje* en la especie humana no es más que una abstracción deductiva de la más palpable existencia de distintas lenguas en las que dicha abstracción se materializa. A su vez, estas lenguas no tiene propiamente una unidad material, pues en la realidad sólo se manifiestan las distintas variedades en el tiempo, en el espacio, en los variados extractos y sectores de la sociedad, en las distintas situaciones y en las diversas individualidades, que conforman ese fenómeno esencialmente variable de *habla*. En suma, la dicotomía lengua / habla, que, si bien hoy centra las discusiones teóricas, no por eso dejó de estar siempre en el centro de todas las discusiones. Y así quedaron separados dos espacios. De un lado del sistema, el código, la norma, el canon, la permanencia; en el otro lado los signos, las codificaciones, las desviaciones, lo anticanónico, el cambio. De una parte el poder social, la autoridad institucional, la clausura; de la otra fuerza individual, la subversión vital, la apertura. De un bando la letra, la escritura; del otro la voz, la conversación. Pero también la proteica dialéctica de la potencia y el acto, de la competencia y de la actualización. Y siempre las sucesivas interrelaciones que van de la vida a la escritura, en múltiples y progresivas distancias que traducen de diversas maneras lo efímero del habla en lo permanente escrito.

Hasta tiempos muy recientes la gramática y la teoría del lenguaje se centraron básicamente en la norma derivada de la escritura. Heidegger así lo explica. En la escritura lo dicho alcanza a tener posición fija. El lenguaje se mantiene de pie en la imagen escrita de la palabra, en los signos de la escritura, en las letras, gramática. Por eso la gramática presenta el lenguaje que es. En cambio éste se pierde en lo insustancial por el flujo del habla. Pero últimamente, aparecieron voces que reclamaron la necesidad de establecer una gramática que hable del habla, frente a la tradición que escribía sobre la escritura. Así lo postulan Ángel López y Ricardo Morant en una reciente Gramática femenina, partiendo de que el lenguaje hablado es el verdadero lenguaje, precisamente olvidado en la sombra por una ocultación interesada. Para ellos, esta deseable primacía de la conversación sobre el texto cerrado supondrá una nueva y revolucionaria racionalidad dialogante, frente al poder impositivo de lo escrito.

Paralelamente a las teorías lingüísticas, la literatura estuvo básicamente apegada a la permanencia derivada de la letra que lleva su nombre, y el canon del buen decir

radicó en los textos literarios: a veces alguien habla casi como escribe. Pero quizás desde siempre también, aunque ubicada en los márgenes hubo una literatura anticánónica más apegada al fluir libre del habla y de la vida, que penetró incluso en las creaciones de los autores canónicos: a veces alguien escribe casi como habla. Con el tiempo, los distintos realismos y naturalismos u otros varios ismos tradujeron en la letra el chorreo impulsivo del habla.

Y, en los orígenes, lo literario parece situarse en una oralidad mucho más próxima de lo elemental de la vida, aunque luego la ritualización de dicha oralidad llegue a conformar una convención, que es fija escritura verbal y gestual, en la oratoria, la lectura oral, el recitado y la representación teatral. Pero también, en el otro extremo, la vanguardia experimentalista llevó al máximo la distancia entre escritura y habla, cuando hizo del texto pura grafía, comunicación visual.

Sin duda, cada ser humano pudo y puede sentir de manera distinta la profunda perplejidad de este fluir continuo del centro de la márgenes, pero, parece también que, con pequeñas excepciones, la humanidad siempre osciló y estuvo dividida entre los partidarios de la igualdad y los de la diferencia, en distintos grados y en diversos sentidos. Hubo y hay políticos unificadores de lenguas e imperios, normativistas que establecen normas gramáticas dadores de preceptivas, filólogos que aman y escudriñan las palabras, lingüistas que recogen vocablos olvidados o reconstruyen voces perdidas, académicos que limpian, fijan y dan esplendor al oscuro y fluctuante caos del habla, locos del idioma universal, soñadores de la utópica concordancia esperantista, escritores de la suma corrección, buscadores de la palabra exacta, escritoras y escritores de la desviación y de la subversión, creadores y creadoras de la destrucción y de la diferencia.

Parece que habrá que desterrar las actitudes dogmáticas, aniquiladoras de todo lo que no sea ellas mismas. Álvaro Cunqueiro nos recuerda la miseria de la clausura lingüística y las infinitas posibilidades de la lengua abierta a la imaginación, con la parábola del Emperador de China:

Cuando el Emperador de la China mandaba componer el diccionario, establecía el lenguaje y obligaba a que cada palabra se adecuase perfectamente a cada cosa, en una valoración superior y realista el lenguaje, ajena a todo nominalismo, tenía la seguridad, cual un filósofo del lenguaje de que derrotaba una valoración inferior de la palabra, pero en su pensamiento ordenador, de imperante casi

cósmico, el sabía que se oponía de una manera decisiva a una nueva creación del mundo. Suminadas quedaban las palabras a los significados, y nadie, con una palabra dada, podía nombrar con validez una cosa diferente de aquella recibida por el gran ordenador. Con lo cual, en China, durante algunos siglos, el Pez de los Sueños se durmió, y la imaginación humana quedó atada detrás de una puerta de madera que tenía novecientos noventa y nueve clavos de hierro. Cuando en otra edad los poetas comenzaron a darle a las palabras significados diferentes, a nombrar con ellas otras cosas que no eran las de los cuadros del diccionario imperial, no sólo volvió la imaginación al mundo, sino que en un sentido que yo osaré decir *strictu*, volvió el mundo a ponerse delante de los hombres, desde la rama florida del albaricoque a la memoria de un camino que va entre montes de cumbres armadas por la niebla y que uno anduvo en un vigoroso caballo por un amor de mocedad. Y fueron posibles los cambios. Hubo nuevos árboles, nuevos pájaros otra femenina belleza, nostalgia que en algunos era voluntad de morir, y hasta nuevos impuestos y una reforma agraria.

Las lenguas de todos los que aquí estamos nacieron gracias a que fue respetado lo distinto, y el esplendor o el ocaso de algunas dependió de la tolerancia o no de su diferencia. En este mismo sentido, no podemos olvidar que, con el cambio, la muerte acecha siempre, unas las tienen más lejos y otras parece que las tenemos más próxima: podemos mirar y vivificar esa lengua herida, abandonarla a una muerte prematura o acelerársela hasta el asesinato.

Habrán que actuar, cada cual como quiera, pero no tenemos por que rasgarnos las vestiduras por los inevitables cambios cotidianos. Ramón Otero Pedrayo, que amaba el crepúsculo como una forma más de la vida, decía en los años treinta que en aquel momento en algún recodo de Galicia podía estar muriendo un viejo que se llevaba consigo para la tumba todo un caudal de palabras sonoras y expresivas que ya nadie haría conocer entre los vivos, pero que en nuestra angustia tendría inmediato alivio si pensáramos en la que la palabra aparentemente desaparecida dejaría una arruga en la conciencia de la tierra y que fructificaría en otras palabras nuevas que se crearían a partir de ese momento, porque lo importante no era que las palabras nuevas que se

crearían a partir de ese momento, porque lo importante no era que las palabras fuesen nuevas o viejas, que fuesen necesarias. El préstamo, el mestizaje están en la vida: castrapo, galenglish, spaninglish...

Siempre se escribe sobre lo escrito pero ese nuevo escribir es reescritura. Por eso la literatura se inclinó muchas veces hacia la apertura, la divergencia e incluso la ruptura.

En un sentido básicamente sociológico, podemos decir que las distintas experiencias literarias has registrado, de manera más o menos tradicional o innovadora, las inmensas variedades del habla, su carácter dialectal, sus impurezas, sus mestizajes, a través de arcaísmos, extranjerismos, dialectalismos, coloquialismos, tecnicismos, elementos de los diversos sociolectos, jergas o jergonzas.

Porque el habla es lo que se habla, como decía Anxel Fole, un escritor apegado al gallego cotidiano de la apartada montaña lucense.

Pero, en otro sentido, el cognocitivo, el habla se hace al hablar, y hablando llegamos a saber lo que antes ignorábamos. Así la palabra es camino que explora lo oculto y trata de llegar al ultimo reducto, mediante la destrucción del corrupto discurso institucionalizado. Apelando a Mallarmé, José Ángel Valente afirma que de esta manera la palabra poética restituye al lenguaje de su verdad, y, a partir de ahí, se adentra en el significado originario que vislumbró María Zambrano. En este punto estaría toda la escritura vidente, como la escritura del dios, que dijo Jorge Luis Borges, donde las palabras son símbolos que postulan el universo, la memoria compartida.

Hay muchos y otros caminos que van también más allá. Derrida dice que el la palabra y la escritura estén siempre inconfesablemente sacadas de una lectura, ese es el robo originario, la sustracción más arcaica, que oculta al yo concreto y mediatiza su potencia inaugurante, porque la palabra proferida, o inscrita, la letra o la carta son siempre robadas, no son propias de su autor ni de su destinatario, tienen historicidad y la autonomía del significante que antes de mí dice por sí sólo más de lo que creo decir, y que hace de mi querer decir se encuentre en falta. Frente a este imperio de la letra escrita Derrida quiere estar, con Artaud, por la buena inspiración que es soplo de vida, que no se deja dictar nada porque no lee y porque precede a todo texto.

Ahí está el vacío peligroso, en el límite de la escritura, cuando queremos alejarnos del sujeto cultural protagonista de la historia, del yo lógico y trascendental opuesto a la naturaleza, opuesto a la materia y a la carne concretas de cada una y cada uno. En un mundo. En un mundo en el que todo en el que todo es ajeno a nuestro vivir real, cada

palabra, cada discurso, cada escritura lleva en sí esa distancia, afirma un ser en el mundo que es siempre un alejarse del propio centro: un perderse a si mismo. Así explica Patricia Violi este desgarrón doloroso de la pérdida primordial, en su apuesta por el infinito singular.

En contra de la maldita escisión entre escritura y vida, queremos emerger en la disolución del habla, del gesto, del abrazo, en pos de la unidad originaria pedraña de diferencia. Es un difícil canto oscuro este de no hablar de menos dentro, que quiere Xohana Torres, esa voz poética nuestra, interna, conmovida, última. Pero es también lo más sencillo. Escribir como hacer pan. Unroto ancestral siempre único y distinto. Marguerite Yourcenar hacía su propio pan.

LIBROS UTILIZADOS

En este texto hay palabras e ideas tomadas de los siguientes libros que cito por orden de alusión.

GIMBUTAS, Marija, *Diosas y dioses de la vieja Europa*, Madrid, Istmo, 1991.

YOURCENAR, Marguerite, *Con los ojos abiertos*, Buenos Aires, Gedisa-Emecé, 1982.

HEIDEGGER, Martín, *Introducción a la metafísica*, citado por Derrida.

LOPEZ GARCÍA, Angel y MORANT, Ricardo, *Gramática Femenina*, Madrid, Cátedra, 1991.

CUNQUEIRO, Álvaro, <<Imaximación e creación>>, revista Gria, núm. 2, Vigo, 1963. Hay traducción al castellano de Cesar Antonio Molina en Alvaro Cunqueiro, *Tesoros y otras magias*, Barcelona Tusquets, 1984.

OTERO PEDRAYO, Ramón, *Ensaio Histórico sobre cultura Galega*, Vigo, Galaxia, 1982.

FOLE, Anxel, *Terra brava*, Concello de Lugo-Galaxia, 1985.

VALENTE, Jose Ángel, *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI, 1971.

ZAMBRANO, María, <<la mirada originaria en la obra de Jose Ángel Valente>>, Barcelona, revista Quimera, num. 4, 1981.

BORGES, Jorge Luís, *El Aleph*, 2º ed., Madrid, 1972.

DERRIDA, Jacques, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.

VIOLI, Patricia, *El infinito singular*, Madrid, Cátedra-Universitat de Valencia-Instituto de la Mujer, 1991.

TORRES, Xohana, *Estacións ao mar*, Galaxia, 1980.